

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 19 DE AGOSTO DE 1923

NÚM. 20.140

RELEYENDO A AZORÍN



Hay autores para ser leídos de pasada y con el único interés de saber lo que van a decir, o sea con el único interés del momento de su lectura; hay autores para ser leídos sosegadamente, con el

deseo o la necesidad de imponerse uno, tranquila y lo más completamente posible, de su significación, y a éstos, a menudo, se los lee dos, tres, varias veces. Pero hay autores, por fin, para ser releídos, y nosotros no entendemos por ello ser leídos varias veces, sino en repetidas ocasiones; autores que uno gusta de tener siempre a mano; autores que corresponden a ciertos momentos, a determinado estado de ánimo del lector, y de los cuales éste gusta, necesita leer algún capítulo, algunas páginas, cada vez que se siente en el estado de ánimo correspondiente. Estos son, realmente, nuestros autores, y ello, aparte de todo sentimiento de admiración, por una serie de coincidencias, de correspondencias, casi indefinibles, que no constituyen lo que se entiende por admiración literaria; si bien el delicado, sutilísimo e íntimo fervor que originan encierra forzosamente una parte muy honda de admiración.

Azorín es, de estos autores nuestros, uno de los que más íntimamente y más frecuentemente nos responden. No hemos leído muchas veces ningún libro de Azorín; pero no sabríamos pasar mucho tiempo sin leer algunas páginas de él; así como no sabríamos pasar sin tener al alcance de la mano los versos de Enrique de Mesa.

Es, pues, justo reconocimiento, el decir que Azorín es uno de los autores a quienes más beneficios debemos, hacia quien más obligados nos sentimos. Por esto, reciente uno de esos momentos en que hemos necesitado la íntima correspondencia de algunas de sus páginas, queremos, sin la menor veleidad de crítica literaria (siempre nos hemos contentado con sentirlo y nunca nos hemos detenido a estudiarlo, empresa que, por otro lado, rebasaría nuestras facultades), queremos decir, sencillamente, tal como nos son sugeridas, algunas de las impresiones de esta última lectura.

Rebeldía, serenidad

Hemos cogido precisamente de Azorín *Un pueblecito, Ríofrío de Avila*. Precisamente, porque desde que tuvimos la suerte de trabajar conocimiento con él, don Jacinto Bejarano Galavis y Nido, cura párroco de Ríofrío en el año de gracia de 1789, se nos

presenta identificado con el autor que, pasado más de un siglo, había de sacar a luz su figura de «pequeño Montaigne».

A don Jacinto Bejarano sabemos que se le presentó el siguiente dilema: «¿Despreciar estúpidamente, como un hombre superior, a todos estos toscos lugareños que le rodean, con los que ha de tratar todos los días, o bien acomodarse con ellos discretamente, no pidiendo a un pobre palurdo que sea un Vives o un Erasmo, tratando, sí, de sacar de estas gentes todo el partido posible, atendiendo a la perspicacia de sus luces naturales y no a su ignorancia del trívio y el cuadrivio?» Este último partido es el que toma Bejarano, y es también el que —aplicando el problema a su medio— nos

parece haber tomado, tal vez voluntariamente y tal vez intuitiva y hasta inconscientemente, Azorín. El también, como el clérigo Bejarano, es «un pequeño Montaigne», un Montaigne dolorido, un poco pesimista, y que busca en su «librería» el refugio contra los apasionamientos demasiado transitorios.

Pero el aislamiento no significa desprecio. Al contrario. Y aquí puede significar un amor tan hondo, una comprensión tan inexorable, que precisa, para recoger todos los matices permanentes, olvidarse de lo que comprende ser excesivamente momentáneo. La voluntad era una protesta, un grito de rebeldía, que, por un esfuerzo máximo, quería ser sereno; pero cuya serenidad no podía disimular el sentimiento que la hacía gemir

y revolverse. Y, poco a poco, ese sentimiento, aun siendo quizás, en su fondo más recóndito, igual siempre, igual en agudeza, o mayor, a causa de su mayor claridad, ese sentimiento se aristocratiza: a distancia, desde cierta altura, se divisa mejor el panorama, del cual se percibe entonces tan sólo lo esencial.

¿A qué gritar? Más vale compenetrarse *unánimemente* desde la «librería»; más vale tener una librería como aquella *librairie*, desde la cual el buen alcalde de Burdeos, con sólo fijar los sentimientos que el curso de los días despertaba o evocaba en él, fijó normas de discreción y de prudencia para todos los espíritus serenos, los espíritus humanos.

Y tal vez, para quien le lea cordialmente, la mayor rebeldía de Azorín esté en esas páginas en que, con sólo hablar del ritmo de una vida sencilla, en consonancia con un paisaje fuertemente sentido, el autor despierta poco a poco el deseo, la necesidad, de una vida rítmica y serena, o sea de la protesta definitiva contra el medio sin ritmo, sin medida y sin pausa.

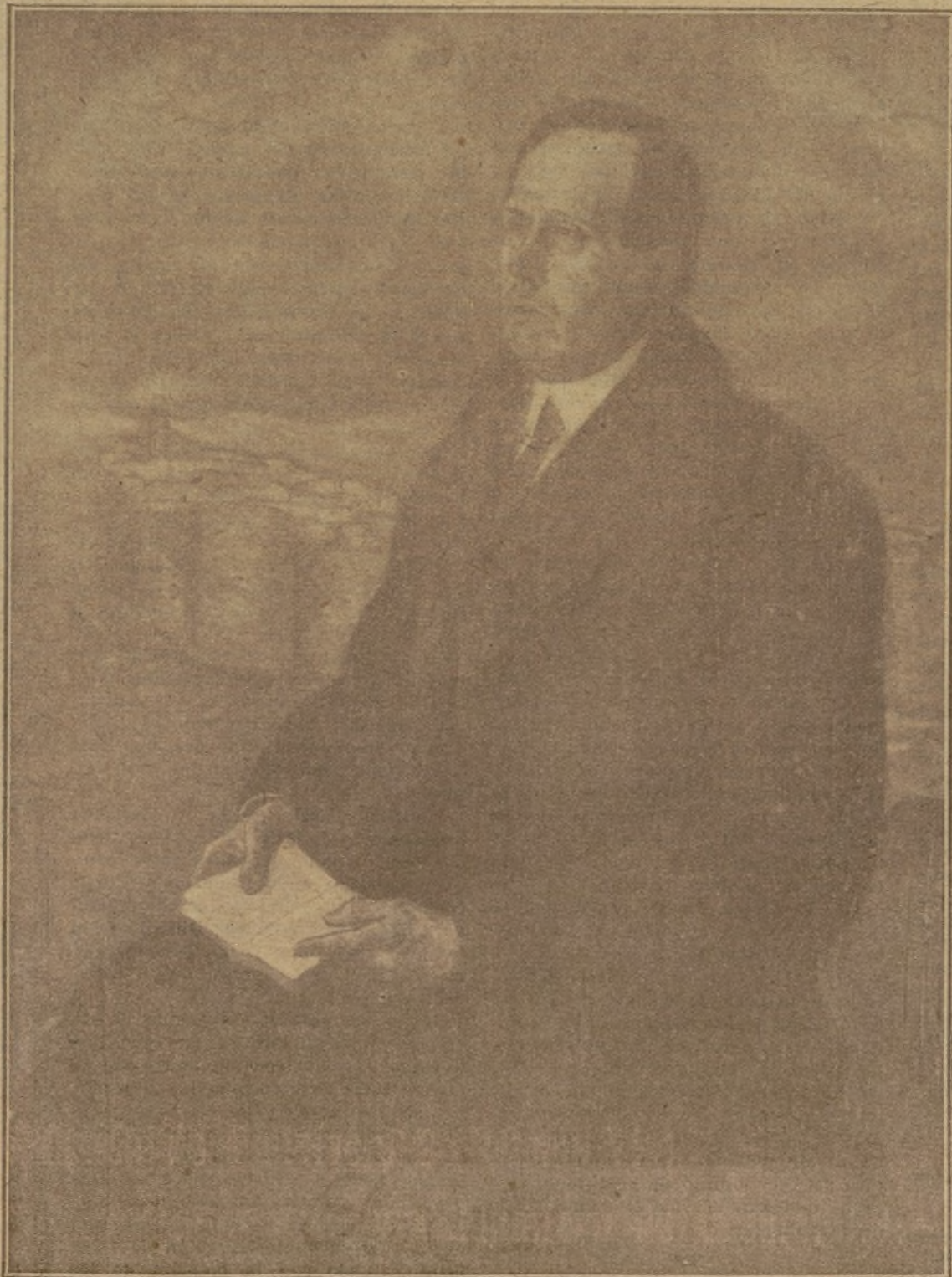
Europeísmo, universalismo

Bejarano Galavis, en su Ríofrío de Avila de fines del dieciocho, en sus paseos solitarios por el campo o en sus pláticas con labradores y pastores, al amor del hogar, siente el hálito de las novedades en ciencia de un Blanchard, y de las novedades en pensamiento de un Rousseau. El Azorín que ahora, escribe al dictado de las meditaciones que tiene en su «librería» se nos antoja más universal que aquel Azorín más antiguo que no podía reprimir — o no quería — el dolor de su universalismo.

¿Demasiado de fuera? ¿Demasiado hacia Europa y no bastante hacia España? Algunos podrán temerlo; esos mismos que creen que la capa usada en lugar de abrigo es prueba de casticismo espiritual. Pero, para desechar tal temor, basta con recordar que Azorín se ha complacido en confesar cómo el otoño, la estación del regreso, es la que le hace «compenetrarse hondamente, dolorosamente (dolorosamente, sí) con el paisaje, el ambiente y el arte de Castilla».

Montaigne se ha apoderado de él, es cierto; pero no para apartarle de su camino, sino, al contrario, para brindarle una luz, gracias a la cual ese camino recto fuese, a la par que espontánea, clara y conscientemente seguido.

Influencia de Montaigne, sí; pero a modo de ese «lazo sutil de unión con Europa», que han de ser «en esta soledad, en este silencio, en este ambiente de ecuanimidad y de sedancia», los libros y revistas recibidos diaria-



AZORÍN, RETRATO POR JUAN DE ECHEVARRÍA

mente de allende las fronteras, o sea de otras regiones del pensamiento universal; o, mejor aún, a modo de un cristal que permitiese considerar con una claridad absoluta la visión propia.

«Sobre un fondo común humano poner el sello nuestro; ese es el ideal», afirma nuestro autor, cuando desea que la energía y la aspereza españolas sean «el matiz de una civilización intensa y original». Este es el ideal profesado como español, como ciudadano precisamente de España; ¿no será también su ideal como escritor, o sea como ciudadano del universo, como hijo de esa patria del espíritu que Montaigne, entre otros pocos, ensanchó a todo lo humano; no será su ideal el unir su visión de España a todo lo que la visión de Europa le va imponiendo? El mismo ha dicho compenetrarse más honda y dolorosamente —dolorosamente— con Castilla a la vuelta de sus viajes; nosotros creemos firmemente que un espíritu menos abierto a las impresiones universales no podría recibir con tal intensidad la sensación de esos paisajes—tierras y gentes—que son únicamente de España, y hasta únicamente de Castilla.

Toda la esencia de un pasado y un presente que Azorín, desde esa «librería» en que se ha refugiado, después de haber vagabundeado indefinidamente, sabe sentir y hacer, como nadie, que sentimos, en cualquier espectáculo que se le ofrece.

He tardado un año en apagar el estilo de la Vida de Jesús. (Renán.)

Y aquí surge en nosotros la impresión de lo que constituye el valor máximo de Azorín, de lo que le separa radicalmente de nuestros autores europeos y de lo que no nos atrevemos casi a hablar por miedo a no hacerlo con la delicadeza, con la levedad debidas. (Pues el estilo... Mirad la blancura de esa nieve de las montañas, tan suave, tan nitida; mirad la transparencia del agua de este regato de la montaña, tan límpida, tan diáfana. El estilo es eso; el estilo no es nada.)

Mientras va siendo boga entre los más ilustres de nuestros escritores, entre los que se precian y fama tienen de profundos, componer sus obras como lo haría un germano que quisiese escribir castizamente en castellano, para lo cual, después de practicar largos años nuestros clásicos, se construyese a emplear únicamente aquellos giros y palabras de más difícil alcance para un entendimiento moderno, y con ellos expresase modos de componer y observar completamente germanos (delatando así el origen exótico y excesivamente aplicado, o sea pedantesco, de su erudición), Azorín aplicase, por el contrario, a coordinar y aclarar sus conceptos. Para él, el casticismo no consiste en emplear términos desusados, sino en emplear para cada cosa el término justo; en conocer este término. En lugar de maravillar al lector en calidad de pozo de ciencia (pozo que a menudo es sólo de agua turbia, dice el muy discreto Bejarano), Azorín aspira a que el lector se olvide de él. ¿No es eso? A que el lector piense «esto no es nada; esto lo hago yo». Y no necesita añadir Azorín que eso que parece no ser nada es «lo más difícil, lo más trabajoso, lo más complicado».

Boileau, cuyo clasicismo seguramente ama Azorín, ya supo decir que:

«Ce que l'on conçoit bien s'énonce clairement
Et les mots pour le dire arrivent aisément.»

Pero lo más difícil, lo más trabajoso y lo más complicado es precisamente

concebir bien, sin atropello de ideas, para que no haya luego atropello de palabras.

Y aquí está, para nosotros, según decíamos, el más alto valor de Azorín: el ser uno de los dos o tres representantes que hoy tiene el mundo de esa claridad latina tan traída y llevada, pero desconocida precisamente por aquellos que más la llevan y traen; el ser uno de los dos o tres—nada más—clásicos de hoy día; uno de esos dos o tres maestros que, dentro del universalismo contemporáneo,

han sabido incorporar el sentido clásico de su tradición a la sensibilidad de su época.

Pero de estos dos o tres maestros, Azorín es, además, quizás el que más ha ensanchado esta sensibilidad. (Castilla..., un campo dorado..., una empinada calleja de pueblo..., hasta una muchachita pueblerina, toda ritmo y delicada sencillez: ¿los veríamos lo mismo sin las imágenes sencillas y perfectas de nuestro autor?).

Margarita NELKEN

IMPRESIONES DE UN LECTOR

AL MARGEN DE UNA NOVELA DE RICARDO LEÓN

BIEN comprenderá mi ilustre amigo Ricardo León mi situación espiritual ante su última novela *Humos de rey*, que acabo de recibir. Otras veces he hablado del aspecto pesimista en la cuestión patriótica. Ricardo León es un patriota optimista. Yo soy, en esa cuestión, profundamente pesimista, y creo que, por una paradoja fácil de comprender, ese pesimismo puede resultar una intensa dinámica patriótica, como aguijón de nuestras dormidas posibilidades.

Ricardo León es considerado como típico ejemplar de novelista académico. Pero sería interesante fijar bien lo que debemos entender por académico. A primera vista, esa cualidad parece corresponder a una especie de directorio supremo del idioma, y aun, si se quiere, del estilo, para mantener la fidelidad a las formas en que el léxico español desenvuolvió su máxima riqueza. Un académico, así entendido, es una especie de vestal del lenguaje; su función es un sacerdocio. Pero de ahí se deriva una inexcusable cualidad oficinesca, burocrática: la Academia se torna organismo oficial, adscrito al sistema gubernativo. Surge una ortodoxia literaria, un símbolo o credo ofrecido como modelo en las clases. Así coinciden, en ese aspecto, los conceptos de académico y clásico. La Academia expende sus libros de enseñanza como catecismos.—Y a propósito: ¿cuándo llegará la hora de revisar la lamentable Etimología fijada en el Diccionario de la Academia, y perpetuada en verdaderos absurdos gráficos? Vaya como ejemplo, al azar, la palabra *gira*, cuya derivación del verbo *giron* no puede ser más clara, a pesar de que la Academia quiere darle los más insospechados orígenes, y la escribe con *j*, *jira*.

Pero volvamos a nuestro razonamiento. Aquel oficialismo léxico, propio de la Academia, produce forzosamente otro oficialismo social y político. El continente influye sobre el contenido. Nace una *bienséance*, un bien parecer, una ortodoxia ideológica. Y el academismo se convierte en norma oficial del patriotismo y de la Historia.

Sólo por ello se comprende la desconcertante manera de escoger a nuestros académicos. La Academia está hoy constituida con un criterio tan amplio, que hasta hay en ella algún literato. ¡Qué incongruencia! ¡Literatos en la Academia! En cambio es muy natural que la presida el Sr. Maurra, por su cualidad de *rhétor* máximo, concreción arquetípica del españolismo de buen tono, seco como un dogma o como el articulado de un reglamento.

La última novela de Ricardo León es una diatriba contra la extinción de toda

idealidad en las actuales generaciones españolas. Nobilísima intención, sin duda. Yo siento por Ricardo León una profunda simpatía, tal vez nacida de mi gran disparidad ideológica con él. Pero... ¿qué debemos entender por idealidad, singularmente en Política? Ricardo León opone en su libro, como protagonista y antagonista, dos figuras (o mejor, dos figurones) que encarnan los ideales diametralmente opuestos que lucharon hasta la Restauración. Y junto a ellos, los personajillos de nuestras generaciones patentizan nuestra misera decadencia.

El protagonista es un sobreviviente de las mesnadas de Don Carlos, cuyo nombre lleva. El antagonista es otro sobreviviente de las barricadas revolucionarias. Su lucha, según el autor, es la del león y el tigre. Aunque él no se lo proponga, deliberadamente, la simpatía de los trazos ha favorecido al león, bestia noble (no sé por qué) comparativamente con el tigre, bestia cruel y artera. El león recuerda, en sus rasgos capitales, al gallosiano León de Albuñ. Pero la intención de *Humos de rey* es opuesta a la de *El Abuelo*.

La escena capital del libro tiene otro ilustre precedente: el dúo inmortal entre Pedro Crespo, alcalde de Zalamea, y el capitán Don Alvaro de Ataide. (Dicho sea de paso: Zorrilla pareció recordarla también en la entrevista de Don Juan Tenorio con el Comendador.) Pero ¿por qué extrañas anomalías morales la altanería grosera ha podido ser signo de aristocracia en nuestra sociedad cortesana? Ese equívoco ha desviado el sentido de nuestra vida noble, y pesa todavía sobre el sentido corriente de distinción y superioridad. Hay una moral de conquistador, infiltrada en nuestras costumbres.

Nada más cierto que la degeneración prosaica y materialista de nuestro tiempo. Pero los valores ideales no se extinguen nunca, y cada época los ve lucir, como estrellas, sobre la marcha humana. Mi alta simpatía por Ricardo León me obliga a lamentar que sus orientaciones en el camino sean tan diversas de las mías.

¿Cómo se mide la intensidad de los valores ideales? Por su trascendencia humana. O mejor: por su trascendencia divina. Pues bien: sometamos a revisión los ideales antagonistas de esa novela significativa: el uno es el derecho divino del poder humano; el otro es la libertad. ¿Será necesario insistir sobre la gradación evolutiva entre ambos valores, el primero de los cuales representa una peligrosa materialización de Dios, identificándolo con la flaqueza de los poderes visibles, mientras el segundo es la dignificación de la conciencia huma-

na, integrándola en su pleno sentido de responsabilidad?

Lejos de mí el negar que el materialismo actual ha inficionado a derechos e izquierdas, por efecto de haber circunscrito al terreno económico la pugna humana, y haber instaurado la lucha de clases, con separación de la significativa lucha de ideales. Pero las escuelas de renovación y avance rectifican, cada día más visiblemente, ese error táctico.

Ricardo León ha querido oponer a su protagonista otro tipo representativo: el llamado Ariel, verdadero homunculo pedantón que declama todos los tópicos del antipatriotismo cosmopolita y del ideal de humanidad. Pero... esta vez ha sido León el pintor! Quiero decir que la habilidad de un novelista, experto en recargar las tintas, no puede servir de anatema contra los impulsos que determinan nuestra elevación colectiva. No se necesita ser Ariel para creer que el patriotismo será tanto más excelso cuanto más tienda a integrar la patria en la Humanidad; y tanto más pernicioso cuanto más excite a la regresión xenofoba, al delirio de grandezas, al disimulo interesado de nuestras ignominias. Si la enseñanza de una Historia tendenciosamente desfigurada no viciase desde la infancia nuestra sentimentalidad, otra sería nuestra representación actual. Por mi parte, la natural reacción contra la mentira histórica es tan fuerte, que apenas recuerdo alguna de nuestras glorias que no me sea vivamente odiosa.

Ariel no puede ser un argumento contra las ideas que burdamente exponen como Monsieur Homais no era un argumento contra el progresismo. El pobre Monsieur Homais tenía razón—ya lo dijo Renán—. A su manera, también tiene razón Ariel; yo no sé si viste a la «penúltima moda», como quiere Ricardo León; de todas maneras, no conozco esa «última moda», hace tantos años espereada, que se oponga a la suya. Pero lo indudable es que no se trata de modas sino de una espiritualidad directriz que se sustrae a la voluntad interesada de los cenáculos.

En cuanto a la representación de Don Quijote como arquetipo de la historia española y de la pasión patriótica, quiero insistir sobre lo que he tratado ya con detención. Don Quijote es el plañido elegíaco de una idealidad humana superior a las patrias, que el Caballero no pudo encontrar en la grosera realidad de su época, época de apogeo y gloria para la visión superficial y enfática de la historia, pero época de miseria y dolor para nuestro juicio de hombres.

Gabriel ALOMAR

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Acaba de aparecer

TINIEBLAS EN LAS CUMBRES

novela por

Ramón Pérez de Ayala

Precio: 5 pesetas.

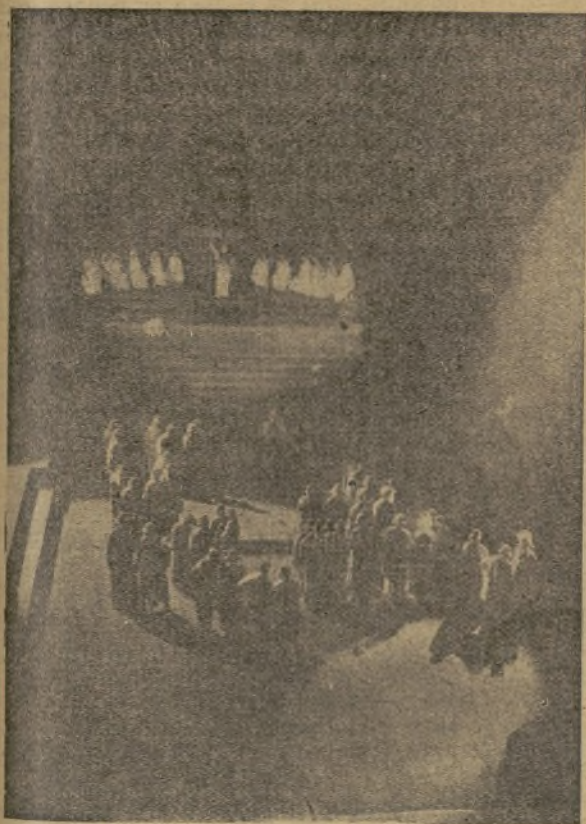
He aquí un libro conceptuado por el ilustre Pérez Galdós como verdadera joya de la literatura picaresca. En *Tinieblas en las cumbres*, una de las obras maestras de la novela contemporánea, se reúne la gracia y agudeza de los antiguos clásicos y los italianos del Renacimiento que dejaron libros tan famosos en este género, y el admirable castellano que a través de la trama descriptiva, Pérez de Ayala en ésta, como en todas sus obras, imprime.

En todas las librerías y en las estaciones del ferrocarril.

Concesionario de venta:

Librería y Editorial RIVADENEYRA
Avenida de Peñalver, 8 y 10

REINHARDT, EL GENIO DEL TEATRO MODERNO



ORESTIADA: ANTE EL PALACIO

uco, que había sido la norma y el estilo de Goethe. Aquella unidad integrada por autor, cómicos y público, que venía siendo, desde Molière y Regnard, la característica de la escena francesa, faltaba en la alemana, reducida a una sucesión de cuadros más o menos brillantes, pero sin trabazón interior. Reinhardt logra, desde un principio, modificar la condición del público. Reinhardt hace del cómico, del actor, el centro y eje de su teatro. Pero no el cómico entregado a su albedrío, emancipado por completo de los demás factores, que lleva a lo caótico, al vacío, a lo grosero, causa de la decadencia y muerte de la *Commedia dell'Arte*. Ese peligro lo evita sabiamente Reinhardt, no ateniéndose a reglas fijas y matemáticas, como se ha supuesto, sino merced a su sensibilidad y a su fantasía; no perdiendo nunca la visión del conjunto y haciendo actuar unos contra otros, sin soltarlos nunca de las riendas, aquellos elementos que, desbridados, amenazarían con desbordarse; y así, a lo mímico opone lo pictórico y, contra ambos, lo poético... Y con la música y la luz, que con la pintura constituyen sus tres elementos auxiliares más importantes, crea el cuadro dentro del cual ha de actuar lo mímico—lo esencial.

Ninguno de estos elementos, ni la misma técnica, tan deslumbrante y seductora en sus múltiples recursos y efectos de maravilla, son utilizados por Reinhardt como un fin, sino como medios para el fin: la obra de arte. La técnica es, desde luego, hoy tanto más necesaria cuanto que el ideal que se persigue es el de la «estilización del Teatro». Que cada obra sea puesta en escena con su «estilo» propio. No es lo mismo Shakespeare que Esquilo, Aristófanes que Hauptmann, Kleist que Wedekind, Calderón que Gorki, Molière que Tolstoi, Strindberg que Schiller; de ahí que sea indispensable una técnica escénica muy adelantada, pues sólo merced a sus recursos se podrá dar a cada poeta, y aun a cada obra de un mismo poeta, su «estilo».

Reinhardt, en Alemania, es el «Regisseur»—el director de escena—de su época. De ahí su influjo tan grande, no sólo en su patria, sino fuera también de ella. El punto inicial de sus concepciones es en Reinhardt la inspiración. Nunca trató de llevar a la escena producción alguna que, al ser leída, no afincase hondamente en su corazón y le sugiriese en el acto todo el plan de su obra. Y entonces, debidamente preparado, es cuando Reinhardt escribe, sobre cada obra, su famoso *Regie-Buch*, el libro, podríamos llamarlo, de la dirección escé-



EL MILAGRO: EN LA CATEDRAL

Se acaba de publicar una magnífica traducción de la bella comedia de Shakespeare *A Midsummer-Night's Dream*—«El sueño de una noche de San Juan»—, hecha por Luis Astrana Marín, que ya ha vertido al castellano, siempre con acierto incomparable, otras obras del genial dramaturgo inglés.

La aparición de este libro nos ha hecho pensar, una vez más, en la miseria que es característica de la escena española. Y nos hemos preguntado: «¿Quién sería capaz en España de «poner» esta obra en escena; qué actores sabrían interpretarla dignamente; dónde, en qué teatro y con qué técnica se podría realizar el milagro de infundirle vida a este grandioso «Poema del Bosque»?

Y al comprobar esta incapacidad, hemos venido a pensar, con honda nostalgia, en las maravillas de arte que ofrece el Teatro en otros países, y muy especialmente en Alemania, gracias a la obra genialmente revolucionaria de ese famoso judío, mago de la escena, que se llama Reinhardt. Cuando él apareció, la escena alemana, en manos del Estado y de principescos mecenases, dirigida por Intendentes y otros altos empleados, burocratas pedantes la mayoría de las veces, proseguía rutinariamente por la senda del tradicionalismo ecléc-

nica. Libro maravilloso siempre, obra acabada, de genial penetración, en la que no falta un detalle, donde se le señala a cada cosa su puesto, escena por escena: desde la indumentaria que ha de vestir cada personaje y el tono a que ha de ajustar la voz en todo momento, hasta el gráfico del más sencillo motivo de decorado, y la sinfonía que han de producir las luces de los focos, el ritmo de la música y los colores de las telas.

Una vez escrito su *Regie-Buch*, Reinhardt consulta, punto por punto, con todos los técnicos, con el compositor, con el pintor, con el sastre, etc., propicio a modificar su opinión, con gran amplitud de juicio, siempre que lo estime conveniente; pero también a mantener su criterio por encima de todas las opiniones adversas. Que al fin y al cabo, él es el capitán del buque y suya exclusivamente la responsabilidad hasta conducirle al puerto de la belleza hecha realidad en una maravillosa obra de arte.

Este es el secreto del genio de Reinhardt, el mago de la escena: inspiración y método. Una luz divina en el alma y una gran voluntad al servicio de su inteligencia creadora.

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO



EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN: TITANIA Y GENIECILLÓS



LA TEMPESTAD: APARICIÓN DE ARIEL



EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE SAN JUAN: ESPÍRITUS DEL BOSQUE

UNA CUESTIÓN PELIAGUDA

CUENTO PARA NIÑOS POR E. RAMIREZ ANGEL

UNA vez ocurrió en las cercanías de Sabihonda un suceso extraordinario. Una nube de hombres cayó red en ristre y se dedicó a coger al vuelo cuantas mariposas revoloteaban por aquellos campos, que tienen fama de amenos. Un caballito del diablo, loco de júbilo, porque no podía ver a las mariposas tan traviesas y coquetonas, explicó lo que había ocurrido, contándolo por valles y barrancos.

Figuraos que aquella caza sin compasión la realizaba un ejército de sabios naturalistas, todos muy serios, todos muy atareados, que no hacían más que apresar animalitos de aquéllos y llevarlos a sus casas, donde los clavaban con un alfiler a unos cartones. Pero las mariposas no estuvieron conformes con lo que sucedía, y acordaron, además de declararse en huelga, dejando de libar de flor en flor, emprender la más feroz de las guerras contra aquellos sabios tan entrometidos.

Un girasol, que en el corral donde vivía tenía fama de discreto, brindó una solución al grupo de mariposas que había ido a pedirle consejo.

—He observado — les dijo — que todos los sabios son calvos. Cuanto más sabio es un sabio, mayor tiene la calva. En Sabihonda, donde todo el mundo es bastante bruto, incluso el alcalde (aunque no tiene tampoco pelo de tonto), las calvas se han hecho dueñas y señoras. Pero los sabios no han podido inventar nada eficaz de veras para proteger sus calvas relucientes y rezumantes. Poneos de acuerdo con las moscas, con los cinifes, con los mosquitos, con las pulgas, y dad la batalla. Yo os aseguro que las redes y los sabios huirán de aquí, dejándoos en paz.

La indicación del girasol fué tomada en cuenta. Pronto por aquellos contornos cundió la animación, como en un campamento. Todos cuantos volátiles hay por esos andurriales se pusieron al habla con las pobres mariposas, a las cuales no les dejaban vivir las redes de los sabios. Nutridos ejércitos de enemigos del hombre sin cabello acudieron al campo de cita, a la sombra de unos castaños. Las mariposas bullían tan pizpiretas como de costumbre, y movían las encendidas alas ufanamente. Allí estaban, resueltas a ayudarles en su empresa de odio, las pulgas más expertas en el arte silencioso de hundir la trompa en la epidermis y de sacar la sangre con maestría de bomba aspirante; allí, la mosca que da vueltas y vueltas en torno de las gotitas de sudor, hasta que se posa en una de ellas, sin que le asusten gran cosa las terribles manotadas que dan los sabios en defensa de su calva; allí, los verdes mosquitos transmisores de la fiebre palúdica, con sus alitas de tul y su trompetilla jamás ronca; allí, el moscardón, el cinife, la avispa, la abeja, el abejorro, las maripositas de noche, que se suicidan arrojándose por los tubos de los quinqués de pueblo...

Todos estuvieron de acuerdo para acudir en auxilio de las mariposas. Caerían sobre las calvas de Sabihonda, sin perdonar una. Presidía la reunión un tábano muy talludito, el cual opinó que en aquel movimiento debía tomar parte todo el mundo alado.

—Que vengan—dijo—los gorriones, las libélulas, las urracas, las perdices..., to-



dos los perseguidos por el hombre. Hora es ya de que acabemos con él. A mí bien sabéis que ningún hombre, ni siquiera el sabio, me interesa, sino el buey la mula y el asno, que son más sustanciosos y en cuyo pellejo me gusta mucho cebarme; pero reconozco que nuestras compañeras las señoritas mariposas tienen razón y que se las debe defender hasta donde nuestros intereses lo permitan.

¡Ay! El tábano había puesto, como se suele decir, el aguijón en la llaga. Cuando por el campo se corrió la voz de que todo el mundo que tuviera alas debía movilizarse y entrar en campaña, empezaron las murmuraciones.

—A mí me tienen sin cuidado las cal-

vas, siempre que haya trigo—decía un gorrión de buen aspecto.

—Y a mí no me quitan el sueño las mariposas. ¡Para lo que hacen!—comentaba un abejorro muy peludo, que iba siempre sin afeitarse.

—¿Yo asociado con las moscas?—gruñía una urraca—. ¡Si en cuanto veo una me la zampo! ¿Pero cómo no ha advertido el tábano que somos incompatibles?

Al día siguiente, los sabios dieron otra batida por los alrededores de la ciudad, con sus redes pérdidas, y en ellas cayeron miles de mariposas.

El disgusto fué en aumento, y los ayes y zumbidos llenaron los aires.

La capitana de las mariposas, que dictaba sus órdenes desde lo más hondo de

un valle, lejos de la zona de peligro, convocó a nueva asamblea urgentemente. ¡El grito de «Guerra a las calvas!» voló de árbol a árbol y de flor en flor. Las rosas y los cardos se morían de risa al ver la desunión que entre toda aquella gente de élitros y alas existía. Al llegar la hora de la junta, el tábano vió que habían acudido unos cuantos saltamontes y varias cigarras.

—Nos han dicho—declararon—que ha estallado la guerra contra las calvas. ¿Qué clase de bichos son esos?

El tábano les lanzó una mirada de desprecio, y comprendió que con aquellos saltarines no se podía hacer nada práctico. Y como transcurrieran las horas de sesión sin reunirse más combatientes, los cigarrones y las langostas huyeron más que a escape, furiosos. En el camino se encontraron con los demás camaradas, y empezaron a discutir en tales términos que pronto arreció el escándalo. Arremetieron los unos contra los otros, salieron a relucir trompas, aguijones, sierras, garras y picos, y la nube de tanto y tanto insecto y ave oscureció por unos instantes el cielo. La confusión era espantosa. Nadie se entendía, pero todo el mundo se atacaba. Las avispas alcanzaron un éxito. El brillante ejército de mariposas tuvo muchas más bajas que añadir a las ya producidas por las redes. La verdad es que nadie se interesaba por su pleito, salvo las moscas. Estas eran las que más se distinguían en su defensa.

—¡Duro contra las calvas, por poco sabías que sean!—decían—. ¡No podemos consentir este atropello contra vosotros! ¡A ver, camaradas mosquitos, tocad vuestra mejor marcha de ataque!

Y todos ellos se apercibieron al asalto de Sabihonda. Pero entonces llegó allí, a todo correr, otro caballito del diablo, que les trajo una noticia desconsoladora:

—Acaban de marcharse los calvos en un tren especial.

Se levantó un murmullo de rabia.

—Pero—añadió el mensajero—está llegando, según he visto, otro tren cargado de más sabios...

Entonces, todos, locos de sed de venganza, se apretaron en bloque.

—¡A ellos, a ellos!—gritaron.

Y atronando los aires con sus zumbidos llegaron a la estación, a punto que descendían de los vagones los nuevos sabios. Como el calor era sofocante, todos ellos llevaban descubierta la cabeza, y entonces las mariposas y sus amigos pudieron advertir lo horrible de la sorpresa que les aguardaba: ninguno era calvo.

El caballito del diablo, chismoso como siempre, no tardó en averiguar lo que ocurría. Los recién llegados eran pintores, poetas y dramaturgos, y todos ellos tenían un gran cariño a sus barbas y melenas. Nada había, pues, que hacer con ellos... Y abandonaron, mohinos, aquel lugar. Pero hace un momento le han traído al tábano presidente la noticia de que en Sabihonda se prepara un nuevo acontecimiento, esta vez a cargo de los hombres. Y es que como los nuevos sabios apenas se cuidan de sus cabelleras, quienes han decidido ahora declararles la guerra son los barberos.

E. RAMIREZ ANGEL

Dibujo de BARTOLOZZI.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EL GENIO DE LA ESPECIE

NOVELA CORTA ORIGINAL DE ROBERTO MOLINA

I

—No es la inteligencia quien sabe esto, es el instinto.

—Nada tan extraño como la seriedad profunda e inconsciente con que se observan el uno al otro; este examen es la meditación del genio de la especie.

SCHOPENHAUER.

Podía realmente asegurar que era ella? Manolo quedóse mirando como alado, detenido estúpidamente en la ace-
ra, inmóvil, aturdiado, sin que los encon-
tronazos y golpes de los transeúntes que
invadían la calle en aquella turbia y bu-
lliciosa hora del crepúsculo le arranca-
sen de su incomprensible y extraño aton-
tamiento.

El genio misterioso que se divierte o distrae su aburrimiento trazando en lo desconocido la ruta invisible de este po-
bre muñeco humano que es el hombre,
fué, sin duda, quien empujaba a nues-
tro héroe hacia aquella mujer entrevis-
ta en la distancia y en quien él creyó
reconocer en seguida a Fuensanta. Era
ésta una de esas muchachas extremada-
mente simpáticas y comunicativas, cuya
belleza parece como oscurecida por una
irradiación luminosa de simpatía; una
de esas deliciosas criaturas que, aun
siendo bonitas, se hacen adorables por
otra cualidad diferente de la belleza, un
encanto trascendente que enamora a los
hombres y aviva en ellos entre sí unos
celos furiosos. Manolo y ella se habían
conocido en un pueblecito de la Monta-
ña durante el verano, y, naturalmente,
habían sido novios. Digo naturalmente,
porque era él también un muchacho de
excelentes prendas, muy digno de ser
examinado y aun capaz de atraer gra-
vemente hacia su persona la atención
luminosa de unas pupilas femeninas, si-
quiera éstas fuesen las de la inconstan-
te y voluble Fuensanta, de la que, pa-
ra mejor entendernos, diré que era mu-
jer a quien amaban todos, y aunque
ella realmente sólo a Manolo quisiera,
sonreía tan deliciosamente a los hom-
bres, que la herida de los celos de su
novio estaba siempre abierta y sangran-
do por esta causa, y por la misma en-
cendíase en furiosos terribles, amenazán-
dola con dar sangriento fin de entram-
bos si ella no se corregía. Y como no era
ella mujer de posible enmienda ni sen-
tíase con ánimos para esclavizarse en
brazos de aquel a modo de gran turco
celoso que era Manolito, en uno de esos
arrebatos y reniegos apartáronse defi-
nitivamente. Ella partió con una hermana
suya, casada, al pueblo de su cuñado,
y él, entonces, para ahogar el despecho
y hasta para ver de dar sepultura a un
carriño vivo todavía, escapó hacia Ma-
drid.

¡Cuánto habían sufrido uno y otro
después de esta separación! En la dis-
tancia, desvanecido el rencorillo de la
ruptura, resurgía en ambos más vígoroso
el amor, como una ardiente fatalidad
que les llamara a gritos y pretendiese
unir con dorada y fuerte cadena aque-
llas vidas tan diversas y tan imposible
de ser reducidas a sumisión ni obediencia
recíproca. Ella le amaba, pero sin
aceptar la autoridad plena que él—como
una sombra—arrojaba sobre ella en todo
momento; él la adoraba, pero sin tole-
rar aquel a modo de coqueteo que era
el pecado de Fuensanta, aquella gracio-

sa sonrisa y amabilidad dulce y diabó-
lica que prendía las almas como con
luz, y el cuchichear y sonreír y bro-
mear con todos; si bien no había en ello
motivo de público reproche, había para
violentos celos en el alma atormentada
y meridional del novio.

Al llegar a Progreso, Manolo se detu-
vo, desorientado. Fuensanta había des-
aparecido.

—Acaso ha sido un bien—pensó, entre

de la Magdalena, había transcurrido ya
una semana y comenzaba a entibiarse el
vivo rescoldo interior, cuando acertó a
topar en Atocha con su amigo Cruz Mo-
rales, poeta de renombre naciente, exce-
lente muchacho, apasionado del Arte,
cordial, sincero.

—¡Hola, Manolo!

—¡Cruz!

Se abrazaron. No se habían visto en
seis meses.



apasionado y colérico—. Sólo me gusta-
ría saber si iba sola o iba con alguien.

II

«Si iba sola o iba con alguien.» He
aquí toda la preocupación de Manolo
aquella tarde y toda la noche. Paseó du-
rante dos largas horas desde Progreso
a Antón Martín. Iba agitado, nerviosí-
mo. En algún momento, recordando las
coqueterías de Fuensanta, abríase de
improviso la válvula de los celos y del
odio, renegando de la mujer fatal y lla-
mándose estúpido a sí propio, ya que no
érase posible vencer aquel deseo de ver-
la, aun consciente de que la entrevista
no acarrearía reconciliación alguna, y—
caso de engañarse—la reconciliación re-
sultase un *intermezzo* muy breve.

Así, desde aquella tarde en que había
imaginado entreverla de lejos en la calle

—¡Qué suerte!—dijo Cruz—. Precisa-
mente esta tarde tengo en casa lectura
de una comedia mía. Vente. He citado
allí a Ximenes Arcas y a Tresp. Acompá-
ñame, que tu opinión me es aún—si
cabe—más interesante que la de esos
buenos amigos.

—¿Dónde vives?—preguntó Manolo,
que nunca había visitado a Cruz en su
domicilio.

—Aquí cerca: en Progreso, esquina a
Relatores.

La palabra «Progreso» decidió a Ma-
nolo, cortando sus vacilaciones. Había
seguido hasta allí a Fuensanta, imagi-
naba que ella vivía en aquel barrio y
todas las tardes concluía sus paseos
dándose una vuelta por aquel laberinto
de callejuelas.

Cruz habitaba un modestísimo piso
tercero, con su madre y su hermana.

Después de presentar a Manolo, pasaron
Cruz y él al despacho.

—Si la opinión de Ximenes Arcas me
es favorable, estreno la comedia—dijo—.
Ximenes Arcas es hoy el amo en Lara.
¿Comprendes? Y en cuanto a Tresp, co-
mo crítico de *El Tiempo*...

Manolo oía a Cruz y se asomaba al
balconcito del despacho. Estaba real-
mente nervioso y esforzábse en evitar
que Cruz lo advirtiese. Sentíase conten-
to, como bajo el presentimiento de una
alegría próxima, y sin serle posible do-
minarse, hablaba y se agitaba por el pe-
queño despacho, ya sentándose, ya aso-
mándose al balcón. Momentos después
llegaron los amigos citados, y comenzó
la lectura de *La rosa en el pecho*. Cuan-
do más recogido era el silencio, sonó el
timbre de la puerta y se oyó una voz fe-
menina (una mujer que entraba hasta
el comedor y que besaba y saludaba a
la madre y a la hermana de Cruz). En-
tonces Manolo, olvidándose ahora de la
lectura, se sintió como invadido por un
soplo de alegría, una alegría tan íntima,
tan vigorosa, que—luego de bañarle ple-
namente, saturándole—parecía como que
se extravasaba e irradiaba hacia fuera,
y su silencio durante la lectura ya no
fué posible, sino que ahora aprobaba
efusivamente lo que oía de la comedia—
mas debo decir, lo que él creía oír—, y
era tal la fuerza de sus palabras, de sus
razonamientos en pro del éxito probable
de la obra de Cruz, que disipó las dudas
de Ximenes Arcas y ahogó la hostilidad
encubierta, el propósito hostil de Tresp,
y que él mismo no sabría razonar, aca-
so envidia de la marcha ascendente del
poeta.

Ximenes Arcas y Tresp se marcharon
encantados... Cruz abrazó luego a Ma-
nolo, y éste, por muy diferente impul-
so, apretó vigorosamente el cuerpo frá-
gil del poeta. Ambos eran dichosos en
aquel momento en que el crepúsculo se
iba apagando despacio. Hasta el despa-
cho llegaban las risas del comedor.

—Creo conocer...—dijo Manolo.

—Una amiga de mi hermana. Si quie-
res, te presento.

—¡Sí, sí!... Aunque creo que la co-
nozco.

—Es posible. Se llama Fuensanta.

—Sí...

—Simbólica, ¿verdad?

III

Ese deseo es el suspiro
del genio de la especie, que
exhala hondos gemidos. Só-
lo así se explica que hom-
bres razonables y distingui-
dos se casen con harpías y
con pérdidas.

SCHOPENHAUER.

Se veían por las tardes, ya anocheci-
do, cuando Manolo concluía su trabajo
en la gerencia de la Editorial «Atlas». Ella
había empezado a estudiar taqui-
grafía en una academia. Los paseos se
prolongaban hasta la hora de cenar, que
la dejaba Manolo en la puerta de su ca-
sa. Algunas noches subía él a saludar
a Cruz. Por aquellos días estaba éste
contentísimo, porque de un momento a
otro iban a empezar los ensayos de *La
rosa en el pecho*.

Desde la tarde de esta lectura, en que,
sin sospecharlo, se hallaron Manolo y
Fuensanta frente a frente, el amor pa-
recía haberles unido con más fuerte
lazo. A pesar de que se veían diariamen-

te, escribíanse, sin embargo, por las noches largas epístolas. A veces, para verla cinco minutos por la mañana, abandonaba él su obligación con cualquier pretexto y recorría en el tranvía o en coche enormes distancias, y era para todo el mundo tan visible la pasión recíproca, que se hablaba mucho de los novios y hacíanse hartos comentarios acerca de tan románticos amores.

Sin embargo, a los veinte días comenzó a ensombrecerse aquel que parecía limpio horizonte azul en los amores de Fuensanta y Manolo. Padecía él frecuentes arrebatos de celos, y ella, para calmar la zozobra de su novio, contestaba con tales sarcasmos, risas y burlas, que más encendíase en él la cólera y germinaba la desconfianza. Cada una de estas escenas hubiérase dicho que era el hastío quien las provocaba, y qué, por tanto, el cariño se iba apagando o acaso habíase extinguido; pero jamás en estas agrias pláticas se veía tal propósito de ruptura, sino más bien un empeño de dominarse recíprocamente, una obstinación en él de que ella le obedeciera en todo y un terco empeño de ella en rebelarse y ejecutar lo contrario de aquello mismo que era conveniente a la paz y armonía de entrambos.

Una tarde Fuensanta comunicó a su novio que el profesor de taquigrafía había rechazado amablemente los honorarios de enseñanza. Manolo recibió con disgusto la noticia y aconsejó que en el acto se considerase despedida de la academia y pasara a continuar a otra sus estudios, o los abandonase. Dió ella, de momento, su conformidad a este consejo; pero no lo puso en práctica por parecerle harto penoso corresponder con semejante ingratitud a la amorosa atención del profesor. Tal era ella de sensible a la galantería y rendido elogio del hombre: debilidad de que a solas se acusaba hasta motejarse de loca y de insensata. Sentía ella un insaciable deseo de ser admirada y amada por todos, de sobrepasar a todas en ese don divino de agradar, de revelar a Manolo esta fuerza misteriosa y encenderle de amor y de ira, y sofocarlo y humillarlo, para después—por sí misma, por su libérrimo impulso—aparecer rendida a él porque sí, habiendo rechazado antes de todos todos los homenajes. Tal era el misterio de aquel espíritu tan femenino, tan irresponsable, tan sometido a los poderosos impulsos interiores, a despecho de toda reflexión, ya que verdaderamente sentíase ligada a Manolo y le amaba y hasta le compadecía por aquel tormento de que era autora ella misma, y lo era tan irreflexivamente, tan contra los conciliadores propósitos sinceros que germinaban en ella detrás de cada cólico disputa.

Manolo, que lejos de Fuensanta era un poco razonable, decía: —¿La amo o la odio? ¿Debo unir mi vida, hasta ahora tranquila, a la de esta mujer tempestuosa? Acaso no la odio ni la amo; tal vez es que la deseo, simplemente. ¿Por qué tengo celos? ¿Es en mí esta pasión o los celos una cosa torpe, injusta, calumniosa? ¿Soy un insensato, un loco o un hombre razonable? Anoche lloró al despedirme; siempre llora... Y recordando, de pronto, que se aproximaba la hora de verla, interrumpía el monólogo y escapaba a su encuentro.

Fuensanta, aunque mujer, también en algún momento, lejos de él, sentía encenderse la débil lucécita de su razón, y pensaba: —¿Amo o aborrezco a Manolo? Anoche me puso furiosa y le hubiera abofeteado como a un chiquillo. Es irresistible, terco e imposible de ser gobernado a mi antojo. No sé si le aborrezco o le quiero. A veces me pone cólica y le arañaría.

Y luego, impaciente ya, taconeaba nerviosa y pensaba: —¿Cuánto tarda! Es la hora y no viene...

IV

Cruz Morales estaba pálido y febril. ¡Qué tres días de trabajo! Ensayos por la tarde, ensayos a medía noche, después de la función... Y qué mal, ¡qué mal se sabían los cómicos la obra! Estaba desesperado. Y aquella noche iba a resolverse todo: el triunfo, la vida fácil, el trabajo solicitado, rogado y realizado, por tanto, alegremente, sin vacilaciones ni zozobras; o, por el contrario, si fracasaba, ¡otra vez la tarea enorme de trabajar y luchar por la publicación de un artículo, de una poesía o de un cuento!... Luchar. ¡Qué cosa tan terrible cuando no se sabe vencer!

Cruz desembocó en la Puerta del Sol y tomó un autobús que iba hacia Quevedo. Hubiera tomado lo mismo un tranvía a las Ventas. Estaba nervioso y necesitaba agitarse, distraerse. Al llegar a la calle Ancha se apeó para ver un escaparate. De pronto, oyó que le nombraban.

—¿Usted por aquí?

Era Fuensanta, que se había detenido también en el mismo escaparate. Cruz la miró. Ella, al darle la mano, le sonreía.

—Muchas gracias, señor autor—le dijo, sin dejar de sonreír con coquetería—. Muchas gracias por esas invitaciones para el estreno. Manolo y yo vamos dispuestos a aplaudirle a usted mucho.

—Gracias, gracias—respondía Cruz, que la miraba con asombro. Una emoción inesperada y nueva le ponía temblor en las palabras, sin consentir decirle más que *gracias, gracias*. Realmente era guapa aquella deliciosa amiga de su hermana. ¿Cómo no haberlo advertido antes? ¡Valiente suerte la de ese pícaro de Manolo!

—¿Adónde por aquí?—preguntó ella.

—No lo sé—replicó, ya más serenado el dramaturgo—. Estoy nerviosillo y quiero distraer el tiempo hasta la hora de volver al teatro.

—Pues acompañame. Me deja usted en la puerta de casa.

—¿Y Manolo?—dijo él.

—Después de cenar vendrá para acompañarnos a mamá y a mí.

—Entonces...

—¿Vacila usted? Cuando yo se lo ruego... Además de que ustedes son buenos amigos, yo obro siempre con independencia, y no he aceptado nunca de mis novios esa autoridad *a priori*, esa epidémica manía de mando que suelen padecer ustedes los hombres. Manolo no me espera todavía, ni éste es el punto de cita, ni aun la hora, ya que él sale más tarde... Pero si usted no quiere, o acaso—añadió con un gesto seductor—, acaso otra mujer...

—¡No, no!—replicó él vivamente—. Es usted encantadora.

—No está mal para comienzo, señor autor.

—He dicho la verdad, mi dichosa y deliciosa amiga.

—Lo de dichosa puede usted tacharlo, desde luego. Acabo de tener un disgusto.

—¿Con quién?

—Con... Pero, ¡por Dios!, no se lo cuenta usted a Manolo. ¿Me da su palabra?

—Palabra de honor, o de autor, o simplemente de hombre... ¿Qué sucede?

—Que se ha enamorado de mí el profesor de Taquigrafía.

—¡Muy natural!

—Y acabo de regañar con él. ¡Ojalá hubiese hecho caso de Manolo! Me dijo que no volviese más... ¡y he vuelto!... Me está bien merecido.

—Pero ¿le ha ofendido a usted?

—No he permitido que me ofenda. Me galantea, busca ocasiones de hablarme a solas y... no me quiere cobrar la mensualidad.

—¿Nada más?

—¿Le parece a usted poco?

—Disculpe al profesor de Taquigrafía.

—No lo oche usted a broma, que estoy muy apurada. Figúrese que le han entrado de repente unas furiosas ganas de casarse conmigo, pero en seguida, en seguida...

—¿Caramba! ¿Y usted?...

—Yo quiero a Manolo... Y he resuelto no volver a esa academia. ¿No le parece?

—Sí, sí. No debe usted volver... si quiere a Manolo.

—¡Claro que sí!... Y eso que éste también me da cada disgusto... Es terco y dominante. Anoche mismo regañamos al despedirnos.

—¿Gravemente?

—No... Ligeramente.

—Lo siento... Siento que no sea usted plaza abandonada. En este caso ya hubiera usted hallado sitiador...

—... ¿el profesor de Taquigrafía?...

—No; este señor autor, que está encantado oyéndola a usted y que la escucha esta noche como si acabase de conocerla ahora, porque usted no es la simpática amiga de mi hermana; usted, Fuensanta, es una mujer admirable, maravillosa...

—¡Huy, qué bonito! ¿Eso es una escena de la obra? Se burla usted de esta pobre amiga, que acaba de llegar a su casa.

—¡Qué pronto! Confío en que irá usted al estreno.

—¿Cómo no?—dijo ella, tendiéndole la mano y sonriéndole con esa seductora intención tan femenina, ese deseo de dejar algo de sí misma en la memoria del hombre—. ¿Cómo no? Ya lo he dicho. Y, aunque sea desacostumbrado y escandalice al mismo Manolo, si tiene usted gran éxito ¡me presento en el salóncillo a felicitarle! ¿Quiere?

—¡Fuensanta!—replicó Morales, apretando con ambas manos la pequeña manecita suave—. ¡Ojalá, ojalá!...

V

Cruz Morales estuvo pensando en ella hasta el momento de alzarse el telón; pero al mirar por una rendija y ver la sala iluminada y el rebullir inquieto de los espectadores, sintió, como en una anticipación del fracaso, todo el ridículo de la derrota, y tuvo miedo y se alojó hacia adentro, como en busca de un refugio.

Transeurría apaciblemente la representación de los actos primero y segundo, sin que el éxito rebasara la línea de lo discreto; pero, en cambio, el acto tercero, más henchido de pasión, electrizó en una escena cumbre al público, que ya, desde este momento, aplaudía con esa furia epiléptica de las multitudes entregadas al entusiasmo. Cruz Morales fué arrastrado hacia el escenario por los artistas, y se dejaba llevar como alelado, tembloroso de emoción y verdaderamente aturrido. En aquel instante hubiérale sido imposible decir qué pensaba, abrumado por la fuerza de aquel triunfo, superior a sus esperanzas.

Al caer por última vez la cortina, cuando aún resonaban los aplausos y el pobre autor, rendido—igual que si hubiera realizado un considerable esfuerzo físico—, retirábase hacia el salóncillo, diciendo: «Basta, basta!», vió de pronto, antes que a ninguno de aquellos numerosos amigos que llegaban en tumulto a abrazarle, antes que a nadie, a Fuensanta, que iba sonriente, admirablemente vestida, mirándole con sus ojos

brillantes, maravillosamente bonita, aureolada de un nimbo extraño de seducción diabólica, gentilísima en su ademán de inimitable gracia al felicitar al autor.

—¡He cumplido mi promesa! ¿no?—exclamó ella.

—Gracias, gracias...

—Estará usted orgulloso...—preguntó luego, tendidas hacia él las manos, que se enlazaron a las del autor, frías y trémulas.

—Estoy satisfecho. Gracias...

—Y yo muy contenta de ser la primera en felicitarle.

—Gracias, gracias...—replicaba Cruz, aturrido, fascinado, con ambas manos ligadas a los rosados dedos de la lindísima amiga—. ¡Gracias, gracias!

—Ahora, ¡adiós!—dijo ella separándose al fin para dejar paso a los innumerable amigos y curiosos que entraban. Cuando iba a salir, la detuvo Manolo—su novio—, sujetándola por un brazo, pálido, indignado por aquel independiente rasgo de ella, aquel acto realizado tan irreflexivamente, sin prevenirle, y aun adelantándose a él (saliendo antes, acompañada de su madre y con otro pretexto), acaso porque suponía la inevitable negativa de su novio.

—¿Qué has hecho?—dijo Manolo, apretando convulso el brazo delicado—. ¿Qué has hecho?

—¡Suelta!—replicó, más bien gritó ella, desasíendose y mirándole con ira y desprecio—. ¡Suéltame!

—¡Anda! Hablaremos después.

—No tenemos nada que hablar—añadió Fuensanta, escapando.

Poco después, junto a su madre ya, y recibiendo pacientemente los reproches de la juiciosa anciana, salieron del teatro sin esperar a Manolo.

—¿Os habéis disgustado?—dijo la madre.

La rebelde y bellísima joven, agitada por rara emoción, no contestó. Iba tan de prisa, que parecía llevar en volandas a la vieja, sin responder a sus observaciones y protestas.

VI

Era ya casi medio día cuando la madre de Fuensanta entró en el dormitorio de su hija.

—Ha venido a verte la hermana de Cruz—dijo, despertándola.

—¿Isabelita?—exclamó, alborozada, Fuensanta, despierezándose—. Hazla que pase.

—Preocupadilla viene, y acaso lo que hiciste anoche esté aún peor hecho de lo que a mí me pareció.

—¿Qué cosas dices, mamá! ¿Qué hice anoche? ¿Es esto pecado? Verás como no. ¿A que Isabelita opina lo mismo que yo? Que entre, que entre...

La visita de la hermana de Cruz, que en otra ocasión hubiérala extrañado por aquella hora tan poco indicada, parecía muy natural entonces, y sentía impaciencia por verla y abrazarla. Vestíase de prisa, tarareando entre dientes la musiquita zarzuelera:

¡Hay que ver, hay que ver...!

—Pero qué contenta estoy—se decía—. ¿Acaso me habré enamorado de Cruz? ¡Qué disparate! El sí que me parece... Pero sería otro disparate, y además, ¡el pobre Manolo!... ¡No, no y no!

—¡Isabelita!

—¡Fuensanta!

Se abrazaron. La hermana de Cruz era muy joven. Iba con un traje de calle, sencillito, tocada con un velo de tul marrón oscuro y en las manos un libro de misa.

—¿Hablaste anoche con Manolo?—preguntó, resuelta, Isabel—. Ya sé que durante el estreno estuvo con vosotras, con

tu madre y contigo; pero después, al salir del teatro, ¿le dijo Manolo algo de particular?

—No nos acompañó... ¿Qué sucede? Tienes un aire tan misterioso... que me asustas.

—Asustada estoy. Cruz se recogió en casa, ya de día. Luego, a las nueve, fueron a buscarle unos amigos... Hablaron a solas en su cuarto y se lo llevaron. Después no ha faltado quien nos cuente que entre mi hermano y tu novio hubo anoche un disgusto...

—¿Un disgusto?

—Comprenderás que estamos mamá y yo...

—Pero, hija mía, un disgusto, y entre ellos. ¿Por qué? Yo sé que me disgusté con Manolo un poco, y por nada... Porque entré a felicitar a Cruz. Ya sé que, por lo general, al saloncillo sólo acuden caballeros; pero ya sabes que soy así... algo resuelta, y como me había entusiasmado la obra, pues fui, sin más preocupación ni miramiento. Al salir, Manolo que entraba y se me incomodó. Me quedé aturdida. ¡Qué hombres! ¡Quién me lo había de decir! Le mandé a paseo, aunque sospecho que nos veremos hoy, como siempre.

—Creo que no, y ¡ojalá que me equivoque!—dijo, levantándose.

—¡Jesús!—exclamó Fuensanta, contagiada ya del aire dramático y misterioso que envolvía, como un halo sombrío, las palabras trémulas de Isabelita—. ¡Un desafío! No puede ser... ¡No debe ser! Oye, ¿sabes algo mi mamá? Diré que voy contigo un momento a tu casa, y adonde vamos es a casa de Manolo. Las dos, ¿eh? Las dos a buscarles, a impedir, si es posible, un disparate. No vaciles y sígueme. ¡Qué hombres! No la dejan a una vivir tranquila. Como sea verdad lo que me cuentas... ¡Ese Manolo! Pero no puede ser, ¡no puede ser!

Ya en la escalera, las detuvo el cartero.

—¿Señorita Fuensanta Alvarez?

—Letra de Manolo—dijo ella, rasgando el sobre, nerviosa.

—¿Qué habrá sucedido?—murmuró, muy inquieta, Isabelita.

—Puedes leer. Mira:

... después de tu rasgo de anoche y de tu despedida, debes considerar definitivamente rota toda relación entre nosotros.

—¿Qué te parece?—dijo Fuensanta.

—No sé qué pensar. Lo que me preocupa es saber si mi hermano y él...

—¿Piensas que debemos buscarles?

—Pienso—dijo ya con dureza Isabel—, pienso que nadie mejor que tú puede decirme...

—Aquí viene Cruz—gritó Fuensanta, viéndole subir por la escalera—. No ha sucedido nada, al parecer.

—¿Cruz! ¿Vienes a buscarme? ¿Has tenido un disgusto?

—¿Qué es eso, chiquilla? Buenos días, Fuensanta—dijo el joven dramaturgo, saludando, y a su hermana—: ¿Estás asustada?

—Ante todo, pase usted, pasemos—interrumpió Fuensanta, sonriente, fingiendo una serenidad que iba perdiendo a toda prisa; pero Isabelita se opuso, porque su mamá les esperaba con impaciencia.

—He venido—dijo Cruz—para tranquilizar a ustedes, porque sé que no han faltado amigos cariñosos que han ido a casa a decir que Manolo y yo nos habíamos desafiado. Nada de eso. El se incomodó, es cierto; pero somos buenos amigos y no hay motivo para otra cosa.

Se despidieron sin pasar. Cuando Fuensanta estuvo sola, pensó si era el mismo amigo éste que acababa de despedir, con su gesto de cansancio y su figurilla desmedrada y pobre, y qué alucinación había nimbado de una belleza varonil aquel rostro, que ahora, bajo la claridad diurna y en el curso de una sola noche, había sufrido tal transformación, reintegrado a su naturaleza de hombre amable, simpático, bueno... y nada más.

VII

Los primeros ocho días siguientes a los acontecimientos derivados de la noche del estreno, fueron para Fuensanta de una incertidumbre cruel. ¿Realmente había roto con Manolo? Como mujer sólo obediente a la tiranía de extraños impulsos interiores, no podía ahora suspirar al oculto y poderoso deseo de verle nuevamente, oír de sus labios—si no palabras de perdón, que no abrigaba esperanza de oír—frases acusadoras, hasta injuriosas; pero no aquel silencio, aquel alejamiento, al parecer definitivo, según podía deducirse de su conducta, yéndose fuera de Madrid al día siguiente de acontecer los sucesos que conocemos. Manolo había obtenido un permiso

y estaba de viaje por tiempo ilimitado. Así eran las noticias adquiridas por ella. La certidumbre de su alejamiento engendró, como digo, en los primeros días vehementes deseos de verle; pero después, por natural reacción, Fuensanta, despetchada, irritada contra él, creyó haberle olvidado, y pensó, de pronto, en Jorge Méndez, el profesor de Taquigrafía, cuyas cartas (recibidas invariablemente cada día) traían ese latido fuerte de amor, en que la palabra es blando arrullo y es grito enérgico e imperioso; la palabra escrita que canta y ruge, suplica y ordena, se humilla y se levanta después con violento gesto de asalto.

Contestó ella, al fin. Jorge Méndez acudió a la primera cita. Aceptado en seguida como novio, quiso él hablar al punto con la madre de Fuensanta. Atropelladamente, con ingenua precipitación de muchacho feliz que presiente innumerables asechanzas y peligros, tenía prisa por afirmarse en la realidad de aquella alegría de ser aceptado, y contaba a la buena anciana cuál era su actual situación, los considerables rendimientos de la popularísima academia que dirigía y su empleo oficial en la Administración pública con seis mil pesetas de sueldo.

Jorge Méndez no podía ser el hombre de quien Fuensanta había de enamorarse; pero, en cambio, era indudablemente, en opinión de «madre y juzgado por ésta desde la altura de sus años, el hombre ideal, práctico, honrado, bueno, de excelentes costumbres, con provechoso porvenir y un saneado presente digno de estimarse.

VIII

Transcurridos dos meses, inminente ya la boda de Fuensanta y Jorge, había regresado Manolo y se habían cruzado, sin hablarse, como en completo olvido de todo. Reintegrado él a su puesto de la gerencia, más laborioso ahora que nunca y, al parecer, libre de aquella pasión violenta que le había enloquecido durante todo un largo invierno, escuchaba ahora con serena frialdad la noticia de la próxima boda de Fuensanta y Jorge Méndez. Y pensaba: «Esa mujer me ha estado engañando. Ha sido providencial esta ruptura, y debo estar contentísimo.» Ella, a su vez, recordando la fuga de

Manolo y su indiferencia al regreso, cuando él ya bien sabía sus amores con el profesor, decía, razonando con una tranquilidad acaso demasiado superficial: «Debo estar alegre y sentirme satisfecha de casarme con Jorge. Cuando Manolo no ha hecho nada por evitar esta boda es señal evidente de que no me quiere ni me quiso nunca como yo había soñado. ¡Qué desgraciada hubiera sido con él!»

Así pensaban uno y otro y así aferrábanse a esta consoladora idea, haciéndose ambos la ilusión de que se habían olvidado completamente. Habíanse olvidado; pero todas las mañanas y las tardes y todas las noches, ambos, en la distancia, sin verse ni proponérselo, y acaso con voluntario y consolador deseo de olvido, todos los días, a todas horas, ella y él se oían, se veían y suspiraban calladamente, mirando a la nube rosada que flotaba ante ellos dos, visible para ellos solos.

Uno y otro decían: «Soy un estúpido acordándome todavía de esa mujer, que ha hecho cara a tantos. ¡Y me acuerdo de él aún! ¡Con lo feliz que voy a ser ahora!... ¡Soy una idiota!»

Ignoraban ambos cuán fuertemente el Destino habíales enlazado con ligaduras invisibles. Porque él y ella, una tarde, como atraídos por misterioso llamamiento, se encontraron. En esta entrevista hubo acusaciones, sordas injurias, lágrimas, amenazas, suspiros, palabras trémulas de pasión, silencios saturados de ansia y de esperanza, acentos como susurro de palomas, momentos de éxtasis entre la sombra del crepúsculo—rostro a la luna naciente y sordos al bullicio de la multitud, que rodaba junto a ellos tolerante, comprensiva, inadvertida acaso—; había sonrisas, lágrimas como perlas temblorosas entre los párpados, aliento fuerte de las grandes resoluciones, manos suavemente enlazadas... Todo el ciclo del amor, eterno, vario y maravilloso. Parecían oír música de arpas.

Y de pronto, ciegamente empujados por no se sabe qué fuerzas irresistibles, aquella noche decidieron de su destino futuro y tomaron el tren.

El escándalo fué mayúsculo. El pobre Jorge Méndez cayó enfermo.

Roberto MOLINA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

Yo querría ser payaso

NADA más sugestivo para mí que el serlo y recorrer el mundo entero haciendo piruetas cómicas que provocaran por doquiera la hilaridad más grande. Contorcer de risa a las gentes sencillas, provocando en otros, los menos, una sonrisa irónica, halagadora en extremo para mis volteretas incongruentes. Hablar mucho, muchísimo, hasta cansar a la sin hueso; no decir nada con aire siempre enfático, y decir mucho en tono de frívola inconsciencia.

Estrujar el magín para lograr contrastes, y que los músculos, al ponerse en tensión forzada, trazasen en el aire mil volatines chuscos, pueriles de puro inverosímiles, sugeridores todos ellos de una risa franca y primitiva. Cabriolar con el espíritu mucho más todavía, vestida yo de rojo, con los cascabeles de Madama Locura por toda música, y darme de rechazo ante la mueca de risa que yo provocase en los demás.

Nada más exquisito que un payaso, o una payasa—que también éstas existen—, y recorrer el mundo sin cesar, no dando tregua a la farsa estudiada. Qué les

importa a ellos que las gentes se mofen de sus gestos bufos si encontraron en esa paradoja de la burla su propio goce. Consignáronse la misión de hacer reír, y cada carcajada que recogen es como un aplauso íntimo que premia sus ansias.

Es el payaso, más que ningún otro ser sentimental, altivo. Se da, en cuanto a la forma, plenamente, pero no deja descubrir el rostro de su alma. Ha sondeado el dolor humano y ha visto la tragedia tan de cerca, que en un impulso generoso prometiéndose a sí mismo atenuarla en lo que cabe. Y, loco, reidor, trata de sugerir en los demás su risa estrepitosa, que a veces tiene notas burlescas y compasivas. El quiso mitigar en lo posible la humana tristeza, y vivió por el mundo algunos años taciturno, grave, comulgando en el dolor ajeno. Unió, al pronto, sus lágrimas a otras lágrimas y creyó de buena fe que, a impulsos de su compasión omnipotente, trocaríase en sonrisa sutil la mueca del dolor.

Y entonces desgranó, como explosión de su dolor íntimo rebelde, un rosario de carcajadas histéricas, incongruentes al parecer, que tuvieron—oh, paradoja

eterna!—sabor de lágrimas para él y provocaron en los demás una alegría exuberante, pueril. Aguijoneado por esa risa cruel y de bafa, el payaso creyó encontrar en su risa el único resorte para vencer a la melancolía. Y rió, rió sin tregua, con ternura, engubriendo en una carcajada interminable toda la compasión que le animaba.

La ley del «Karma», una vez más, cumplióse; el payaso, de un ser taciturno que era, se convirtió en locuaz. Su alegría, ficticia al pronto, es una realidad amable y placentera que le conforta ahora. Aquella risa histérica de antes se convirtió en fuente de optimismo sano, y a nadie produce mayor hilaridad que a él las contorsiones bufas, el incessante piruetear de su espíritu y de sus músculos incansables.

Toda la alegría que supo sugerir en los demás viene a formar la esencia exquisita de su temperamento. Es, sin duda, el resorte primordial de una vida que acabará, no en carcajada estrepitosa y loca, sino más bien en una insinuación de sonrisa placentera, toda ternura.

Josefina de RANERO

LIBROS RECIBIDOS

Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer, recopiladas por Fernando Iglesias Figueroa.—Con Bécquer, uno de nuestros poetas más populares, sucede algo parecido a lo que ocurre con Enrique Heine en Alemania, de quien, a pesar de haber dejado una obra considerable, sólo son generalmente conocidos sus poemas del *Libro de los cantares* y las rimas de su bellísimo *Intermezzo*. Este es el caso de Bécquer en España, mucho más grave, desde luego, que el de Heine, pues, al fin y al cabo, en Alemania se lee mucho más que en España y los tudescos cuidan mucho más que nosotros de sus grandes poetas y prestigios literarios. Por eso puede considerarse de altamente meritoria la labor emprendida por el notable poeta y literato Fernando Iglesias Figueroa, reconstituyendo la obra íntegra de nuestro exquisito poeta y publicando la parte desconocida de la misma, de tan alto valor, y aun en ocasiones, superándola, como aquella otra que cimentó su gloria en la posteridad y en el corazón de su pueblo.

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para poneros a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID